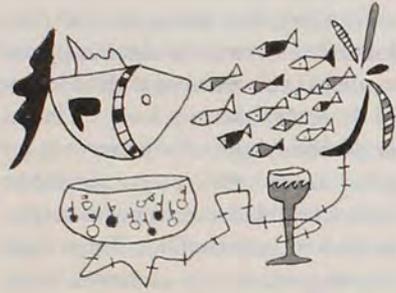


toria de los sujetos ejemplares como maestra de vida, porque sus vidas revelaban virtudes y comportamientos dignos de ser imitados. Y precisamente esto era hacer historia en los siglos XVII y XVIII, como lo hacía la crónica, narrar acontecimientos que revelaban vicios y virtudes insertos en un escenario de tiempo y espacio, de modo que sirvieran para el *bien vivir*" (pág. 306).



"Santa María de la Antigua del Darién: ¿De lugar de olvido a lugar de la memoria?", es el resultado de un trabajo de campo emprendido por el profesor de la Universidad Nacional, sede Bogotá, Paolo Vignolo, junto con otros veintitrés estudiantes y profesores: "Nuestro interés investigativo surgía de la convicción que Santa María de la Antigua sea una pieza crucial, aunque muy poco estudiada, para comprender el proceso de apropiación material y simbólica del continente por parte de los europeos" (pág. 321). Luego: "nos convencimos que solo el estudio conjunto de las huellas arqueológicas del asentamiento y de las fuentes documentales de la época nos iban a permitir entender los modelos político-militares, las sugerencias utópicas, las pautas socioeconómicas, los espacios y ritmos de vida que moldearon el primer laboratorio de la conquista y colonización del continente" (pág. 322). Los resultados de la exploración, después de otras dos salidas de campo, son más bien precarios, en relación con las expectativas: "Ya no tiene sentido limitarnos a reconstruir a nivel histórico-arqueológico los quince años de vida de una ciudad del siglo XVI. El gran reto se ha vuelto más bien integrar

esa labor fundamental en una estrategia de desarrollo socio-cultural de la región" (pág. 329). Entonces, se dieron unas clases y talleres en las escuelas locales, se hizo un reconocimiento de la geografía local y de sus habitantes, se elaboró una cartilla sobre la Conquista y se realizó "un cine forum itinerante para compartir la visión de películas sobre la conquista con los pobladores de la zona" (pág. 330).

RODRIGO PÉREZ GIL

Por lo menos quedó la historia

Historia del Hospital San Juan de Dios de Bogotá

María Claudia Romero Isaza, Mónica Zambrano Caicedo, Miguel Darío Cárdenas

Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto de Patrimonio Cultural, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2008, 149 págs.

El Hospital San Juan de Dios de Bogotá está ligado a la historia y a la evolución de la ciudad, la medicina, la docencia, la investigación científica y la Universidad Nacional. Es una historia triste la conformación de un hospital, centro de docencia e investigación que casi desde sus orígenes está en quiebra. Desafortunadamente, Colombia es un país donde todavía la cultura, la educación y la salud pública están de últimos en la fila y sólo reciben las migajas del presupuesto.

El 18 de diciembre de 2008 se publicó esta información por parte de la Agencia de Noticias de la Universidad Nacional:

Ante el Procurador General de la Nación, Edgardo Maya Villazón, el rector de la Universidad Nacional de Colombia, Moisés Wasserman, el Gobernador de Cundinamarca, Andrés González, y el Alcalde Mayor de Bogo-

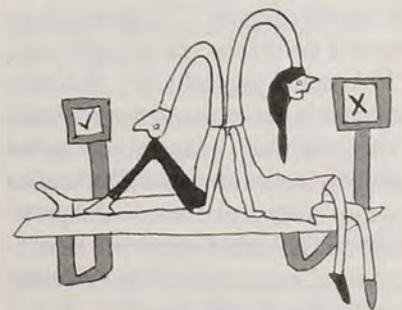
tá, Samuel Moreno, firmarán un documento de acto de intención para la reapertura del Hospital San Juan de Dios.

Ojalá se logre poner de pie al llamado por años *hospital de los pobres*.

La Dirección de Patrimonio de la Alcaldía Mayor publicó en el 2008 esta historia de la construcción del Hospital, que marcó a un gran número de generaciones y donde, entre otros logros, hubo espacio para desarrollar la vacuna contra la malaria y programas tan importantes en el mundo como el de las madres canguro.

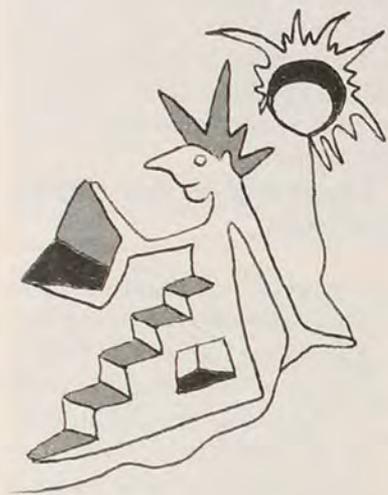
En el prólogo de ésta publicación se introduce:

A propósito del Plan Especial de Protección para el conjunto hospitalario de San Juan de Dios, la Dirección del Instituto Distrital de Patrimonio propuso al equipo de trabajo de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia —Sede Bogotá—, ampliar la investigación histórica y elaborar un libro para contribuir en los procesos de difusión y apropiación ciudadana de este importante Bien de Interés Cultural de carácter nacional [...] [pág. 9].



En el libro, muy interesante y bien escrito, con una sólida investigación, se narran los avatares de la construcción de los edificios para el hospital, los sucesivos cuidadores, inconvenientes y propuestas a la par con los avances de la medicina y los cambios urbanos de una ciudad en permanente crecimiento. Queda faltando, sin embargo, salir de la simple

construcción y ligar el asunto un poco más con los avances científicos y con la comunidad universitaria. Aunque está muy bien armado y documentado, parece que los arquitectos olvidan que las construcciones obedecen a toda una serie de asuntos externos y éstos se hallan inmersos dentro de unos contextos sin los cuales simplemente no existirían.



Ahora bien, el libro está dividido en cinco capítulos, se parte de un resumen general sobre la arquitectura hospitalaria construida en el actual territorio colombiano desde los primeros años de la Colonia, para finalizar con las necesidades de ésta en el comienzo de los años cincuenta y siguientes; “El hospital de la ciudad colonial”, “El hospital general y de caridad en el siglo XIX”, “El hospital del siglo XX”, “La consolidación del conjunto hospitalario. Años treinta”, “Hospital y salud pública. Años cincuenta”. Finaliza con un Anexo, el discurso del presidente de la Junta General de Beneficencia al inaugurarse el nuevo edificio del hospital en 1952.

Una somera evaluación de la arquitectura hospitalaria que se construyó en el actual territorio colombiano desde los primeros años de la Colonia hasta bien entrado el siglo XIX, identifica claramente el predominio de un solo tipo arquitectónico, el del claustro, que manifiesta la acción fundamental de las comunidades re-

ligiosas en América, tanto desde el punto de vista ideológico religioso como en cada aspecto de la vida cotidiana, incluyendo la salud y el bienestar de los individuos. [pág. 15]

Durante la Colonia, más que construir claustros dedicados a la salud, se adecuaban espacios para atender a los enfermos, o bien, si lo había estaba de todas formas ligado al conjunto administrado por religiosos. Al iniciar el siglo XVI, por orden del rey, se deben construir hospitales tanto para indios como para los ibéricos en lugares recién fundados, y las ordenanzas de Felipe II aclaraban, según se cita en este texto:

Señálese luego sitio y lugar para Real casa de Consejo y Cabildo, y Aduana y Ataranzana junto al mismo templo y puerto, de manera que en tiempo de necesidad se puedan favorecer las unas a las otras. El hospital para pobres y enfermedades que no sean contagiosas [...] [pág. 17]

El primer hospital en Santafé se conoció con el nombre de San Pedro y estaba localizado a espaldas de la catedral, en unas casas donadas por don Andrés Díaz Venero de Leyva. Sobre el particular el libro señala lo siguiente:

Fundado en la donación indicada, inició su actividad este primer hospital episcopal, lo que quiere decir que era una fundación protegida y sometida al patronato del obispo, para atender a los religiosos de la Provincia y a los pobres, en las mencionadas estructuras arquitectónicas adecuadas para tal fin, y que perduró hasta 1739, sobrellevando la caducidad y estrechez de los edificios, la reiterada negación de la administración colonial para sufragar su manutención y el permanente aumento de enfermos. [pág. 18]

Al parecer el hospital estaba al inicio a cargo de franciscanos y dominicos, y luego pasó a manos de la

Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, llegada a América y encargada de la salud por Felipe II desde finales del siglo XVI. El primer hospital era insuficiente y la situación se evidenció cuando la epidemia de tifo de 1663, pues los Hermanos no daban abasto y buscaban con afán adecuar espacios; recordemos, además, que en el mismo espacio se atendían seculares, indios, incurables y locos, y que su localización no era la adecuada.

En 1723, con limosnas y el producto de la venta de algunas casas, se inició la construcción del Hospital de Jesús, María y José, en la calle de San Miguel (hoy carreras 9.^a y 10.^a entre calles 11 y 12), donde en la actualidad se encuentra la iglesia de San Juan de Dios. En el siglo XIX, el gobierno de la Nueva Granada decidió que los enfermos “agudos y contagiados” y los “menesterosos” que deambulaban por la ciudad, debían ser encerrados en el San Juan. El Estado de Cundinamarca asumió la dirección desde 1835 hasta 1867, para convertirlo en hospital de caridad. Por supuesto, se saturó, el presupuesto exiguo no permitía mayores tareas y el hospital empezó una de las tantas crisis, similar a la que llevó al presidente Andrés Pastrana a ordenar su cierre en el 2000.

Pero esta emergencia generó algo bueno, la institución hospitalaria fue entregada a la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia. Por decreto, el 3 de enero de 1886, se dictó la Ley que creó la Universidad Nacional; el Hospital cedió al Gobierno la mayoría de las instalaciones, se adecuaron los espacios y se definió el uso de laboratorios y anfiteatros. Así entonces, el hospital servía de escuela y se convirtió en el centro de las políticas en cuanto a salubridad pública. Sin embargo, el Hospital estaba en el lugar equivocado: “[...] los vientos reinantes N.E. y S.E. llevan al pasar por San Juan de Dios, todos los gérmenes infecciosos a la plaza principal de mercado, de donde se surte gran parte de la población” (pág. 37); su arquitectura, por supuesto, y

siguiendo los nuevos dictámenes de higiene de la corriente francesa, no era ya la adecuada.

A comienzos del siglo xx se habían comprado los terrenos del Molino de la Hortúa o Tres Esquinas, lote que fue cedido al Gobierno del departamento de Cundinamarca en 1911. En 1913 se inició la construcción del conjunto de tres edificios destinados a “un manicomio moderno”, un edificio para “hospicio”, edificios que fueron adecuados durante la emergencia del terremoto de 1917 para atender a los heridos y nunca habían llegado allí ni los huérfanos ni los locos; finalmente, en 1924, el predio fue entregado legalmente al Hospital San Juan de Dios, con las obras inconclusas y con poco dinero para continuarlas. Sin embargo, la intención era la de construir un hospital moderno.

El nuevo proyecto para el hospital estaba basado en las experiencias de los hospitales europeos y las corrientes higienistas del momento que buscaban aislar a los enfermos contagiosos por pabellones; con estos lineamientos se convoca a un concurso en el que se escoge el proyecto de Pablo de la Cruz. El proyecto no se construyó en su totalidad, de los dieciocho pabellones planteados, sólo se construyeron ocho, tres finalizados en 1926 y con anterioridad se habían adecuado los siete edificios existentes.

En 1934 la Junta de Beneficencia de Cundinamarca da cuenta del estado del hospital y su organización: consultorio externo, consulta prenatal, sanatorio Juan de los Barrios (para tuberculosos). Clínica de accidentes, clínica dermatológica, clínica terapéutica, clínica semiológica, clínica ginecológica, médica clínica, clínica obstétrica, clínica órganos de los sentidos, clínica quirúrgica, clínica tropical, clínica urológica, laboratorio Santiago Samper, laboratorio de rayos X, servicio de odontología y baños. Con esta lista percibimos qué tan compleja es ya la institución y los frentes que se están cumpliendo.

En ese entonces los estudiantes y docentes de la Universidad Nacio-

nal crecían junto con el hospital a la par con los avances en las investigaciones y el desarrollo de los adelantos científicos y progresos médicos.

Dentro del conjunto, en el gobierno de Alfonso López Pumarejo, en el cual se dio énfasis a la salud y a la educación, se construyó el Centro Dermatológico Federico Lleras Acosta y el Instituto Nacional de Radium. Más tarde se construye el Instituto Farmacológico de la Beneficencia, llamado después Cundifarma.

Pero la historia aún no se detiene: la ciudad creció a pasos agigantados, la población se triplicó y el San Juan de Dios requería de nuevas actualizaciones. La carrera 10.^a dividió el conjunto en dos, del lado oriental permanecerá el pabellón de Maternidad que se convertirá en el Hospital Materno Infantil y del lado occidental los demás edificios del conjunto.



La firma de arquitectos Cuéllar Serrano Gómez construirá en los años cincuenta el pabellón quirúrgico, ya con una sólida influencia estadounidense en cuanto a arquitectura hospitalaria y teniendo en cuenta los grandes avances en la medicina. Los edificios levantados a partir de 1960 fueron construyéndose de manera urgente para cubrir las necesidades, sin respetar el conjunto anterior; por supuesto, adecuados a unos y otros usos. El texto concluye entonces:

Aquel Parque Hospital que ennoblecía el sector sur de la ciudad, hoy se presenta en parte

ruinoso y espera que cada ciudadano atendido en su recinto ahora le tienda la mano para que el San Juan recobre su calidad como recinto urbano patrimonial, cultural y ambiental, y como escenario destacado de la evolución de la arquitectura hospitalaria en Colombia y América Latina. [pág. 137]

Más allá de la belleza del antaño conjunto, el abandono es la evidencia de un Estado ineficiente e incapaz en cuanto a educación, salud y cultura se refiere. Por lo menos en este caso contamos con una esmerada publicación y una investigación seria y documentada a la cual podremos acudir luego. Debemos lamentar que cientos de Monumentos Nacionales y ejemplos valiosos de nuestro patrimonio construido con toda su historia y su memoria hayan desaparecido sin que quede apenas el menor rastro.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

Bogotá siempre se redescubre

La ciudad del tranvía, 1880-1920

Ricardo Montezuma

Universidad del Rosario,
Facultad de Ciencia Política
y Gobierno, Programa de Gestión
y Desarrollo Urbanos Ekística,
Fundación Ciudad Humana,
Colección Bogotá: transformaciones
urbanas y movilidad,
Bogotá, 2008, 114 págs., il., planos

Ricardo Montezuma es Magíster y Ph. D. en Urbanismo y Ordenamiento de la Escuela Nacional de Puentes y Caminos de París, investigador asociado del Laboratorio Teoría de Mutaciones Urbanas de la misma ciudad, director de la Fundación Ciudad Humana y profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia. Fue asesor de la al-